



JOSÉ MARTÍ

JOSÉ MARTÍ

Entre los grandes libertadores de América: Simón Bolívar, Hidalgo, Washington, San Martín y nuestro Martí. Es difícil poder establecer un parangón entre estos líderes de la libertad. Los escenarios en que desarrollaron sus actividades fueron muy diversos. Los del continente tenían a su favor la enorme extensión de la tierra firme, propicia a toda clase de recursos y movimientos, y Cuba una isla rodeada del anchuroso mar, larga y estrecha, difícil para el movimiento estratégico guerrero y muchos más, para el abastecimiento de armas que se hacía en barcos pequeños. Sin embargo, un joven pobre, sin relaciones continentales, sólo con su talento, dinamismo y constancia como un nuevo Cristo, ha jurado desde los 16 años de edad, dedicar toda su vida a un solo fin, a un solo Norte; hacer independientes, libres, los hombres de su patria. A esa tierna edad, casi un niño, es condenado al presidio y con grillos en su pierna a trabajar de presidiario en las canteras de la Habana. El día 15 de enero sale deportado para España. Se matricula en la Escuela de Derecho de la Universidad Central y de inmediato publica un folleto que titula «El Presidio Político en Cuba». ¿Qué es aquello? se pregunta: «Nada». Ser apaleado, ser pisoteado, ser arrastrado, ser abofeteado en la misma calle, junto a la misma casa, en la misma ventana donde un mes antes recibimos la bendición de nuestra madre. ¿Qué es? Nada. «Pasar allí con el agua a la cintura, con el pico en la mano, con el grillo en los pies, las horas que días atrás pasábamos en el seno del hogar, porque el sol molestaba nuestras pupilas y el calor alteraba nuestra salud, ¿qué es? Nada. Volver, ciego, cojo, magullado, herido, al son del palo y la blasfemia, del golpe y del escarnio, por las calles aquellas que, meses antes, me habían visto pasar sereno, tranquilo, con la hermana de mi amor en los brazos y la paz de la ventura en el corazón,» «¿qué es esto? Nada, también...» y así continúa narrando los crímenes

infames del gobierno español en la patria dolorida y abandonada. Apenas publica su folleto, le viene la noticia de aquel otro crimen, nefasto- brutal-espeluznante. El fusilamiento de los ocho estudiantes de medicina!... Este hecho bárbaro —el mayor crimen de España en la América— por estúpido colma la copa del acíbar de su vida. Una tarde en la calle de Alcalá se encuentra dos estudiantes de medicina, uno su amigo cubano Manuel Fraga y el otro el portorriqueño Zeno Gandía. Fraga solícito le presenta su compañero portorriqueño y cuando éste le alarga la diestra afectuosa, Martí da un paso atrás y exclama: «Un momento... Como Ud. no me conoce es preciso que sepa Ud. antes, si un hombre ultrajado que no ha tomado todavía la revancha de las injurias sufridas, es digno de que se estreche su mano». Y abriéndose en un portal la chaqueta, le enseña las espaldas cruzadas de cicatrices del látigo colonial y le cuenta indignado el calvario sufrido en la prisión. El nuevo amigo le abraza conmovido.

Es tan precaria la salud de Martí, que se traslada a Zaragoza donde continúa sus estudios de derecho y en junio de 1874 obtiene la licenciatura, con tan brillantes exámenes que el tribunal le felicita calurosamente.

El 24 de octubre se gradúa de Licenciado en Filosofía y Letras con notas de sobresaliente siendo otra vez calurosamente felicitado por sus compañeros y el tribunal examinador. Piensen, señores, que el tribunal es español y el examinado un joven cubano, que de palabra y por escrito todos los días clama contra la tiranía de España en Cuba y exalta el valor de los mambises en la manigua redentora, de crímenes y agravios. Convencido el maestro que ya nada puede esperar de la justicia española para su amada tierra en guerra, se prepara a partir para México donde están asilados sus padres y sus hermanas. Antes se despide de su Aragón querido con estos versos sencillos:

Para Aragón en España, tengo
yo en mi corazón un lugar
todo Aragón, franco, fiero, fiel
sin saña.

Si quiere un tonto saber por qué
lo tengo, le digo que allí tuve un
buen amigo, que allí quise a una
mujer.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola la
poca flor de mi vida.

Extracto de párrafos de la célebre carta de Martí a Don Federico Henríquez en Santo Domingo, el 25 de marzo de 1895: que se tiene como su testamento político.

«De vergüenza me iba muriendo, aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir con cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida.

«Donde esté mi deber mayor, adentro o fuera, allí estaré yo.

«Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad empieza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber.

«Si la guerra me manda conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella: si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en si no ama a la patria. De mí espere la disposición absoluta y continua.

«Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí ya es hora.

< Agradezca por hoy y para mañana cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito, ¡hermano! Y no tengo más hermano que los que me la aman. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

«Con todos, para el Bien de Todos». Célebre discurso en el Club «Ignacio Agramonte de Tampa» en 1891, donde dijo Martí:

«Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no ha deshora por cierto! acuden a darme fuerza para la agonía de la edificación.

»Yo quiero que la primera ley de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero, el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas

personales, fomentad por un interés notorio encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, la verdad, y síganla, libres los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la República tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de los demás, la pasión en fin, por el decoro del hombre, ó la República no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente de las repúblicas, la mayordomía espantada de Veinti- millas, o la hacienda sangrienta de Rosas, ó el Paraguay lúgubre de Francia! ¡Mejor caer bajo los excesos de carácter imperfecto de nuestros compatriotas que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o la de las palabras, que rebajarles el carácter. Este es mi único título a estos cariños que han venido a tiempo a robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos a quienes anhela yo levantar más, y no miento! ¡Amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos ante todo, en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la República que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

»¡De todos los cubanos! Yo no sé que misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma del hombre, que es ya tan bella! Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas. Ni los bravos de la guerra que me oyen, ni nuestra mujer que aquí oye atenta, ni el niño, hermano ó hijo de mártires o de héroes, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo peleando por el país, al pié de una palma!...

»¡Es el sueño mío, es el sueño de todos; las palmas son novias que esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! ¡Sin

los gusanos que fabrican la tierra no podría hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flora; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal y del alarido y el desgarramiento sublime! Paso a los que tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos! No vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo sino creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera. ¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuelgue al viento como banderola de ignominia donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, ú ocultándole verdades esenciales de su problema, ó levantándoles la ira: —y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se nieguen a la justicia!— En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado; no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa.»

«Y alerta Martí a nuestro pueblo diciendo: ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano ó guante? Es preciso en cosas de pueblo, llevar el freno en una mano y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por exceso de freno y por exceso de caldera.— ¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones y ver que viven sanos y que pueden.— ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantamos un amor inextinguible por la patria sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno, ni el malo. Allí está, de allí nos llaman, se le oye gemir, nos la violan y nos la vejan y nos la gangrenan a nuestros ojos, nos corrompen y nos despedazan a la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones, alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, alcémonos para la república verdadera. Y pongamos alrededor de la estrella en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: Con todos, para el bien de todos.»

Maestro: tú que fuiste amador de todas las cosas grandes y bellas, te exaltabas por dos grandes amores: tu Madre y tu Patria. El 19 de mayo diste la vida por tu Patria y el 25 de marzo te despedías de tu madre con esta hermosa epístola, tan digna de tu genio y sentimientos.

Señores, oídla una vez más —pero ahora más cerca del Maestro:

Montecristi 25 de marzo de 1895.

Madre mía:

«Hoy 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Ud. Yo sin cesar pienso en Ud. Usted se duele en la cólera de su amor del sacrificio de mi vida; y porque nací de Ud. con una vida que ama el sacrificio. Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre. Abraza a mis hermanas y a sus compañeros. Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí. Y entonces sí que cuidaré yo de Ud. con mimo y con orgullo. Ahora bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

José Martí.»

Por fin ha llegado el instante anhelado ¡ya para él es hora!...

Son las 8 de la noche del día 11 de abril, ya se avistan las costas de Cuba, el vapor para la marcha y arría un pequeño bote, sobre él se amontonan los seis expedicionarios: Gómez y Martí con Salas, Borrero, Guerra y Marcos del Rosario. Fuerte chubasco les azota, pierden el timón y usan un remo para la guía. A las dos horas de angustias, luchando con las embravecidas olas, llegan a Playitas, pisan tierra de Cuba libre!... El viejo Gómez, se arrodilla y besa la tierra cubana!... El bueno de Marcos del Rosario imagina que eso es «brujería» del jefe para dar buena suerte y también besa la tierra cubana.

Por 30 días a pie y a caballo con un peso a sus débiles espaldas de casi dos arrobas, sube y baja las lomas de la Sierra Maestra y por una semana los llanos orientales hasta Bija, antiguo campamento de Dos Ríos de la guerra del 68. Allí acampa el día 16 y Gómez sale con una guerrilla a un reconocimiento sobre un convoy español, por las Ventas de Casanova. Se entera Martí que Masó anda cerca y le escribe urgiendo

su reunión con ellos en Dos Ríos. El nefasto día 19 de mayo, están reunidos con sus fuerzas: Martí, Masó y Gómez. Hay una parada de la tropa, que son arengadas por sus jefes. Los mambises claman por el verbo elocuente del Presidente, —que no se puede evitar llamen a Martí— el que conmovido e iluminado por la gloria y el radiante sol de aquella mañana, arenga a sus soldados!... pues el día 15, en reunión de jefes le habían concedido el nombramiento de Mayor General del Ejército Libertador de Cuba!... al igual que Gómez, Maceo y Masó!... Aunque no lo cita la historia de aquel aciago día, es la verdad, que terminado el discurso de Martí, una comisión de la infantería de Baire, que presidía su comandante Jesús Pérez Guardia, primo de Angelito y Dominador de la Guardia é hijo él del fiel amigo de Carlos M. de Céspedes, General del 68, Jesús Pérez, pidió a Martí hablase a la Infantería de Baire. Pronunció a ellos sus últimas palabras. Siguiendo en pos de Martí y de Angelito de la Guardia en la hora del combate, iban los coroneles: Enrique Céspedes, sobrino del gran Carlos Manuel, que aún vive en Manzanillo y Dominador de la Guardia, hermano de Angel. A ambos muchas veces les he oído aquel emocionante relato: Angelito cortando con su machete, las cinchas de la montura del caballo, muerto, a sus pies, los españoles tirándoles, ellos gritándole que la dejara y por fin con ella a cuestras, fue hacia su amigo y su hermano, gritándoles: «han matado a Martí, estaba allí cerca de mi caballo». Fue tal el dolor y atribulación de Gómez que no atendió o no oía a los coroneles Guardia y Céspedes, que le decían que con un grupo de jinetes podía atacarse a los españoles y recuperar el cadáver de Martí. Así lo quiso el destino y como pidiera el Maestro: caer de cara al sol y frente al enemigo.

De niño dijo:

«¡Cuando se muere en brazos de la patria
agradecida, la muerte acaba, la prisión se
rompe; empieza, al fin, con el morir la
vida!»